

**LA PERSPECTIVA FEMENINA EN LA NARRACIÓN DE UN ACONTECIMIENTO BÉLICO: LAS
MÉMOIRES HISTORIQUES DE LA MARQUESA DE LA ROCHEJAQUELEIN**

José Antonio Feliz Barrio

UNED - Madrid

jafeliz@caixagalicia.es

Recibido: 28-02-2011

Aceptado: 06-04-2011

Resumen

Este artículo se centra en el análisis de un texto de autoría femenina escrito por una destacada figura relacionada con un conflicto desarrollado en la región francesa de La Vendée a partir de 1793. A diferencia de las memorias masculinas escritas sobre el mismo asunto, las femeninas reflejan el cambio inevitable que cualquier guerra ocasiona en un sistema establecido, ciertos modelos alternativos de convivencia en este contexto (en el que las mujeres tienen un papel destacable), la modificación de las actividades tradicionales que desempeñan ambos sexos en tiempos de guerra y la determinación de la mujer a implicarse en la vida militar.

Palabras clave: Memorias, guerra, mujer, historiografía, Vendée.

Abstract

This paper focuses on the analysis of a text of female authorship written by a prominent figure related to a conflict developed in the French region of La Vendée from 1793. A rural revolt that became a civil war extended up to the first third of the nineteenth century. Unlike the male memoirs written on the same matter, the female ones reflect the inevitable change that any war causes in an established system, certain alternative models of living together in this context (in which women had an outstanding contribution), the modification of traditional roles played by both sexes in wartime and the determination of women to be involved in the military life.

Key words: Memoirs, war, woman, historiography, Vendée.

1. La mujer ante un conflicto bélico

El abordaje de la participación directa de la mujer en todos los conflictos relacionados con la Revolución francesa es un asunto relativamente reciente. De hecho, en abril de 1989, el congreso que reunió en Toulouse a caso cuatrocientos investigadores sobre el tema *Las mujeres y la Revolución Francesa* no se formó ninguna mesa redonda ni taller que tratase la cuestión de las mujeres en la guerra¹.

La forma más evidente de acción femenina es, sin duda, su participación concreta en las revueltas. No obstante, tampoco existe un acuerdo sobre el volumen de mujeres presentes en aquellas. Las líneas de investigación abiertas en EE.UU. a partir de 1960, y las previas a la celebración del bicentenario de la Revolución, condujeron a muchos historiadores a subrayar la presencia minoritaria de la mujer en ambas revoluciones (la americana y la francesa). Formas alternativas de participación consisten en la incorporación al ejército (progresivamente relevante), la defensa directa de una plaza, el espionaje, el apoyo a las víctimas o la construcción de sistemas defensivos (vallas, empalizadas).

Otros historiadores, como Edward P. Thompson, afirman que los instigadores de ciertos tipos de revueltas, como por ejemplo las *food riots* inglesas, eran principalmente mujeres. En consideración al ámbito en que se desenvuelve la mujer, en el antiguo régimen, la lucha por la obtención de alimento, y más específicamente el pan, han marcado la historia de Francia e Inglaterra. En esta última, entre 1790 y 1810 se han estimado aproximadamente mil sublevaciones relacionadas con la lucha por el alimento básico. Un factor explicativo de la masiva presencia de mujeres en las revueltas podría ser su menor exposición a las consecuencias jurídicas de un comportamiento social desordenado. La mujer gozaba de una cierta impunidad ante las leyes y aprovecha esta situación para buscar una mayor participación en las sublevaciones².

Durante el siglo XVIII la mujer trata de transgredir la esfera privada del hogar y del cuidado de la familia para pasar a la pública de la participación en asuntos políticos y de interés nacional. Por eso, no extraña que una parte de la historiografía

¹ Lo más aproximado fue un seminario denominado Resistencias a la Revolución y que evoca tan sólo la oposición espiritual o intelectual al conflicto.

² Se sabe que determinadas sentencias rigurosas, dictadas contra mujeres, fueron cambiadas por el parlamento de París. Ciertas penas podían ser conmutadas por castigos menos severos por los tribunales franceses y británicos. No obstante, también hay ejemplos inversos en los que la mujer recibe castigos ejemplares.

haya querido presentar las revueltas de alimentos como un medio de expresión de las mujeres hasta entonces ausentes en cualquier foro.

Cuando las mujeres no participan en revueltas y manifestaciones, pueden verse implicadas en otro tipo de acciones políticas. En 1793, las mujeres vendeanas, por un lado, y las madres y esposas de emigrados, por otro, se comprometen bien a favor o en contra de la causa patriótica. Del mismo modo, en las colonias americanas, las *Daughters of Liberty* fueron parte determinante en el boicot de productos ingleses en los prolegómenos de la independencia norteamericana.

Jerome Croyet afirma que el papel de la mujer en la Revolución francesa, aunque a la sombra del activismo masculino, no es menos relevante. Ellas ni se atrincheran en sus cocinas ni se esconden, sino que están presentes en todas las actividades, incluso en trabajos precarios y amenazados por la competencia masculina (Croyet, 2005).

La sociedad masculina patriarcal heredada del Antiguo Régimen excluye a la mujer por considerarla carente de habilidades políticas del primer rango, lo que no las impide ocupar un segundo puesto en la vida política, influyendo sobre los hombres y comprometiéndose, también, políticamente. Es más, en caso de crisis, la mujer se convierte en el recurso utilizado por sus maridos para hacerse oír. Se aprovecharán del estado de gracia que su sexo les confiere: se entiende inaceptable agredir públicamente a una mujer.

El nivel de alfabetización femenino de la época es menor que el masculino. Esto no es óbice para que manifieste quejas relacionadas con las transformaciones que una guerra impone sobre el ámbito del hogar y la vida cotidiana. Algunas pasarán a la acción: la falta de medios se traducirá en el aumento del número de procesos judiciales por hurto; las infracciones serán más graves aún en aquellos casos de mujeres condenadas por criminales o infanticidios. También aflora su descontento ante la encarcelación de sus maridos. Esta situación puede acarrear no sólo la ruina familiar sino la denuncia y el propio arresto de la esposa, por complicidad.

A partir de la última década del siglo XX, la historiografía ha reconocido a las mujeres como unas protagonistas de tipo, más o menos, violento en consonancia con la misma dureza con que se desarrollaron las revoluciones de finales del XVIII. Hasta entonces, los escritos, los testimonios, la historia en general, había ocultado su presencia en la escena revolucionaria³.

³ Se han visto ejemplos de esto en las controversias sobre las guerras de Vendée. Jean-Clement Martin define claramente lo que dicha guerra representó para las relaciones sociales entre los sexos: sobre un fondo de afirmación del poder masculino, la situación creada por la guerra civil contribuyó más a crear potencialidades que a desatar la pura violencia. La mujer tratará de aprovechar esas potencialidades.

Las antirrevolucionarias se comprometieron con todos los roles que ofrece una guerra. Sin embargo, la violencia fue ejercida con mayor fuerza por los hombres que por las mujeres, y mucho más por los soldados voluntarios que por las tropas regulares, más fácilmente controlables por sus jefes. Raymond Monnier, al interrogarse sobre la actitud de las mujeres de la Vendée en la guerra, afirma:

“[...] en oposición a la tesis de la hagiografía vendeana, que minimiza el papel femenino en este conflicto, con excepción de ciertas heroínas, las mujeres han sido para los autores republicanos las actrices esenciales de la sublevación” (Monnier, 2004:4).

Otro aspecto destacable reside en el escaso reconocimiento que se ha otorgado a la contribución de la mujer al desarrollo de un conflicto bélico⁴. La historiadora Catherine Maraud-Fouquet (1997) recuerda que el tiempo de la Revolución francesa fue, primordialmente, un periodo de confrontaciones permanentes y que las mujeres tuvieron ocasión de expresar su patriotismo. La ausencia de sus padres y maridos permitió a muchas de ellas asumir responsabilidades no habituales. Como indica Olwen H. Hufton,

“[...] de hecho, con la guerra, en la primavera de 1792, se tiene un indicio efectivo de que las mujeres había llegado a hacer una inversión emocional, y muy intensa, en la Revolución. Algo de esa inversión se refleja en las toneladas de ropa de casa (muchas veces el bien más apreciado de la familia de clase obrera), y las dotes de la mujer (que debía durar toda la vida) que se sacrificaron como vendas para los heridos. Con este fin, Chalons reunió veinte mil libras de sábanas; Nergarc, anduvo cerca y cuando el diputado de la zona pidió a la Convención una expresión pública de agradecimiento, se le dijo que esas manifestaciones de patriotismo eran demasiado comunes para que se las mencionara (a las mujeres) en especial” (Hufton, 1971:10)5.

El cambio de siglo ha renovado el interés por una parcela de investigación abordada tangencialmente: la participación militar femenina en el conflicto de la Vendée. El historiador Claude Petitfrère pronunció en 2002 una conferencia bajo esa rúbrica, anticipando la dificultad de encontrar los medios de colaboración militar femenina por escasez de mención en las fuentes documentales.

Los historiadores del siglo XIX han sostenido una postura pésima en este asunto, influenciados por el testimonio de Carrier. En un documento enviado por éste al

⁴ Claude Petitfrère matiza que “si un cierto número de mujeres desempeña un rol activo en la guerra, muchas no hacen más que seguir al ejército, sobre todo después de la caída de Cholet, para estar junto a sus maridos y bajo la protección de las armas. Ellas sufren a partes iguales, la violencia y la represión de la guerra civil” (Nantes (2002).

⁵ Olwen H. Hufton es uno de los expertos más importantes de la actualidad en la historia de la mujer en Europa Occidental. Son conocidas, en el entorno de la investigación de género, su aportación al papel desempeñado por el sexo femenino durante la revolución francesa.

Comité de Salvación Pública (diciembre de 1793) se afirmaba que las mujeres favorecían el fusilamiento de soldados republicanos. Su actitud violenta era resultado del apoyo al clero refractario. El fanatismo femenino despertado por la guerra, las conducirá al espionaje, la persecución y el pillaje.

En los años treinta del siglo XX, el estudio de las memorias de la marquesa de La Rochejaquelein, establece la hipótesis del carácter voluntario de la participación de la mujer en el conflicto. Su grado de implicación igualará al masculino. Las fuentes actuales para evaluar esta hipótesis son bastante esclarecedoras: los informes sobre represión y los dossiers suscritos durante la Restauración para fijar la percepción de las indemnizaciones de guerra revelan la evolución en el modo de combatir y participar en el conflicto. La colaboración femenina aumentó tras la derrota vendeana de Cholet. Tras perder la esperanza de recibir apoyo inglés, la continuación de la guerra en Mans certificará la presencia de muchas mujeres en este escenario. Las que caen en manos enemigas reciben la ignominiosa oferta de la libertad a cambio de su conversión ideológica.

Queda por escrito que su misión en la guerra es amplia: despojo de cadáveres, compra de munición y armas con los beneficios derivados de la industria textil, confección de vestimenta y cuidado sanitario de los heridos. Sin embargo, pocos testimonios hablan de su presencia en zonas de combate. El destino de la mujer, en la guerra civil, no será más halagüeño que el del combatiente.

Gran parte de los historiadores han desviado la atención hacia las mujeres que acompañaron a los refugiados que huían de la guerra. La presentación de una tesis doctoral sobre los refugiados del oeste francés, ha revelado que la emigración y el abandono del campo de batalla fue mayor entre la población masculina que la femenina. En apoyo de todo el estudio de Claude Petitfrère sobre la participación de la mujer en el conflicto, acude Jean-Clément Martin, sin duda el mayor experto actual en este conflicto. En un artículo monográfico publicado en 1997, Martin expone el estado de la cuestión.

En el ámbito rural, donde las funciones laborales están asignadas de forma diferenciada a cada sexo, la proclamación de una guerra diluye esa diferenciación. Sin embargo, se procura dejar inalterado el ciclo agrícola. El dimorfismo sexual queda reabsorbido en un solo género: la mujer pasará a realizar sus tareas y las del hombre, pues éste ha sido llamado a filas. Esta situación es visible en la Vendée. Su paisaje de bocage y su estructura económica, de base agraria, crea un modelo de hábitat centrado en las granjas (*fermes*). Éstas se vinculan a la nobleza terrateniente por medio del régimen jurídico de la aparcería (*métayage*).

Desde el inicio de la guerra, la mujer no duda en llevar las riendas de la granja y su ámbito de influencia. Su mérito no sólo radica en la firme decisión de hacerse

cargo de un modo de supervivencia, sino en la adaptación a las nuevas circunstancias que impone la guerra. Privadas en muchas ocasiones del utillaje, requisado o robado, debe poner a funcionar su imaginación. No cabe pedir prestado algo de lo que sus semejantes, posiblemente, carezcan. Sin maridos o hijos robustos, las mujeres recurren a niños y ancianos. Los criterios lógicos que definen la utilidad de cada grupo generacional sufren alteraciones (Fouré, 1940)⁶.

Un destino menos deseable para los más jóvenes será la incorporación al ejército. Desde el siglo XVIII las armadas son seguidas por mujeres y niños. Éstos desarrollan tareas tan variadas como guiar el paso de las infanterías, cuidar las caballerías, transportar mensajes confidenciales, etc. Ambas armadas contendientes en la guerra de Vendée enrolan a adolescentes y niños. Si la Convención decreta en agosto de 1793 la conscripción de varones entre dieciséis y sesenta años, los cantones y regiones sublevadas reaccionan en el mismo sentido, reclutando brigadas de jóvenes a partir de nueve años.

2. Las *mémoires historiques* femeninas

La lectura de las memorias femeninas sobre los hechos bélicos en Vendée permite establecer la ruptura de lo que J. Keegan denominó (1976) “retórica de la historia de las batallas”. En otras palabras: la mitificación de un conflicto. Esta forma de narrar los acontecimientos ha favorecido la importancia del resultado final y las acciones de los grandes jefes militares, despreciando la experiencia de los que participaron en ellas (Keegan, 1977). Ese desprecio que Keegan, bienintencionadamente, considera inconsciente podría no serlo cuando un mando militar, de uno u otro bando, escribe sus memorias. No debe olvidarse que la mayoría de los altos cargos de las armadas contendientes en Vendée proceden de una nobleza rural y terrateniente que defendía su honor, su brillo personal y el apego a sus propiedades. Sus relatos de la guerra tienden a minimizar los fracasos y a potenciar unos éxitos inestables. Los relatos femeninos son menos intencionados. Buscan resaltar otros

⁶ Los ancianos, físicamente mermados y necesitados de mayor atención por parte de las generaciones posteriores, vuelven a desempeñar tareas impropias de su edad. De igual modo, los niños aceleran su ritmo de crecimiento físico y mental, asumiendo responsabilidades para las que son instruidos por dos generaciones naturales precedentes (padres y abuelos).

aspectos inherentes a cualquier guerra civil y que no habían sido adecuadamente abordados.

Con independencia de la documentación disponible (cartas, diarios personales y memorias de mandos militares o partes de los Estados Mayores) el historiador debe tener en cuenta que está manejando la opinión o percepción de un grupo de personas que tiene una reputación que mantener. Pero esta reflexión cambia en el caso del conflicto vendeano. Puede que los militares que narran sus experiencias tuvieran que rendir cuentas de su honor y su bravura en las guerras. El pueblo aceptaba, tradicionalmente, el prestigio social de la milicia. Ya se expresó esta idea anteriormente, y en cierto modo justifica algunos relatos. Sin embargo, las mujeres que acompañan a los ejércitos en sus desplazamientos, no parecen tan condicionadas por aquella carga.

Despojadas de sus propiedades y amenazadas por los avances y retrocesos de las tropas enemigas, optan por seguir al grueso de la armada como solución óptima de supervivencia. El varón que deja testimonio escrito de la guerra se expresará recurriendo, básicamente, al lenguaje castrense. Todo el conflicto se define con términos de significados opuestos: pérdida/conquista, vencedores/vencidos, triunfo/fracaso, gloria/humillación, etc. Los textos escritos femeninos, además de intentar aportar su cuota de objetividad, incorporan los sentimientos. Tan relevante resultará relatar con detalle la toma de una ciudad, por ejemplo, como expresar (con vivacidad) el pánico arraigado de quienes huyen de las incursiones de un enemigo próximo, o lamentarse de haber perdido a un familiar o un hijo cuyo paradero es desconocido.

Las *mémoires historiques* femeninas ofrecen, tanto para el historiador como para el filólogo, el complejo, y a la vez estimulante, reto de su catalogación. No se tratan exclusivamente de textos epistolares, ni de memorias autobiográficas, ni de crónicas oficiales. Sin embargo, todas ellas presentan rasgos de los géneros especificados. Al margen de las narraciones encargadas, u ofrecidas, a los sucesivos gobiernos franceses de la época (en los que es inevitable la proclividad a las nuevas ideas políticas), la contrarrevolución tiene sus propios mentores históricos y literarios. No sería atrevido considerar que las narraciones femeninas de la guerra de la Vendée equivalen a crónicas “oficiosas” y menos interesadas que las promovidas por instancias oficiales. El atractivo de estos documentos reside en añadir, conscientemente, a la mera enumeración de los hechos bélicos, la descripción del sufrimiento humano (destacando el femenino) en un contexto de guerra civil. El resultado es una obra compacta en la que el lector contempla, paralelamente, dos relatos: una guerra y el dolor que la misma provoca.

¿Qué impulsó a un grupo de mujeres a escribir sobre un episodio tan cruel de su vida como fue haber soportado una guerra? Las autoras no parecen buscar la

compasión del lector; no hay demasiadas concesiones a la debilidad porque la situación lo impide. Por contra, hay un deseo de certificar que, con independencia de los resultados, la mujer desempeña un papel relevante durante un conflicto armado. Hasta tal punto lo fue en este, que su primer ciclo se zanjó con unos acuerdos de paz promovidos por una figura femenina.

Estas obras van a fomentar, en la literatura francesa de los siglos XVIII y XIX, un género cuyo precedente más destacable es *Henriette de la Tour du Pin*. Descendiente de ingleses e irlandeses, comenzó sus memorias a la edad de cincuenta años. Siguió redactándolas a lo largo de su vida y continuó revisándolas hasta su muerte, en 1853, cuando ya era octogenaria. Tan extensa producción cubre su infancia, su vida en la corte de Luís XVI, la Revolución y los primeros años de la restauración.

Las escritoras de memorias de las últimas décadas del XVIII desplegaron una sutil comprensión de la interconexión del destino histórico y personal así como una conciencia de la naturaleza de sus obras. En parte, esto era debido a que la vivencia de una guerra las había inducido a una percepción diferente de la redacción de sus propios recuerdos. Hufton observa que, en periodos anteriores, escribir memorias como género literario, quedaba reservado a gente poderosa y sus allegados.

La Revolución francesa promovió un florecimiento verdaderamente asombroso de este género. Desde el momento en que un grupo de mujeres cultas, y aristócratas, consideraron que su experiencia directa del conflicto (fuese traumática o inocua) merecía la pena ser contada, otras de menor rango social también se lanzaron a esta aventura. Es el caso de Renée Bordereau. Mucho más importante aún, el tiempo histórico en que se desarrollaron los acontecimientos acabó desplazando la reputación social del narrador y se convirtió en el punto de interés central del lector.

En las postrimerías del siglo XVIII sobrevino un cambio notable: las escritoras de memorias comenzaron a dar valor histórico a los sucesos que vivieron en primera persona. Sus textos adquieren valor propio como fuente documental de la historia. A la polémica que suscitó la autoría y la calidad de las memorias de la marquesa de La Rochejaquelein, se añade un talento literario que compite con aquellos otros textos masculinos procedentes de individuos cuya profesión consistía en escribir, por encargo, tratados de historia.

Por otro lado, en las memorias femeninas escritas sobre la guerra de la Vendée, existe un recurso intencionado al género epistolar. La escritora del siglo XVIII va a extraer una enseñanza del precedente establecido por Madame Sevigné. En el ámbito de la esfera privada, el valor más cotizado de la mujer es el amor fraternal. A él se recurrirá como coartada para escribir con mayor libertad sobre el entorno circundante. Escribir

cartas o insertarlas en un texto más amplio, permite interactuar con la realidad e incluso transformar el conocimiento que hay de la misma. Por definición, una misiva tiene un carácter esencialmente transitivo y trasciende un ámbito porque existe un destinatario. Puede que la mujer dieciochesca no buscara la misma notoriedad literaria que el hombre. Reconoce que parte, socialmente, con desventaja. Sin embargo, la confluencia de distintos estilos en una obra, le imprime originalidad. Cabe aventurar que un tipo de texto que pretende encerrar bajo el prisma de una visión personal todo el peso de la realidad, también busque modificarla, sobre todo si aquél puede ser publicado.

La celebración del bicentenario de la Revolución francesa forzó una revisión bibliográfica profunda. Ningún experto en esta parte de la historia obvia, en la actualidad, la participación activa de la mujer. Su pertinaz injerencia en la esfera pública y política ha obligado a revisar las certezas aceptadas sobre el progreso político, las proclamaciones de universalidad e igualdad, ligadas ordinariamente a la Revolución. No obstante, los libros de memorias femeninas van a combinar la descripción de la guerra civil con la comprensión de la violencia. Con excepción de episodios famosos ocurridos durante la propia revolución en el área parisina (azote de Théroigne de Méricourt, acusación de Hebert hacia María Antonieta, decapitación de la princesa de Lamballe, etc.), la violencia como factor destacado de una guerra civil no ha sido adecuadamente considerado. Sobre esta materia se ha cernido una historiografía sensacionalista, incluso en los casos en los que existe una aproximación científica.

Una clasificación inmediata de los libros de memorias históricas sobre la Vendée pasa por diferenciar la aportación de cada bando contendiente. Tomando como punto de partida las ya mencionadas memorias de la marquesa de La Rochejaquelein, de carácter intimista, los realistas han explotado, sin ningún reparo, los errores de la Revolución. Se valieron de una iconografía abundante y un sinfín de novelas populares publicadas en las postrimerías del siglo XIX. En este género, el papel de la mujer resulta fuera de lo común y, a menudo, alegórico. Se dibuja un mundo de féminas extraordinarias y mártires, víctimas de violaciones y masacres. Aunque también existe el caso contrario. En algún relato se habla de un grupo de nantesas, revolucionarias enfurecidas, que azotan a las religiosas del convento de Couëts (próximo a Nantes) y las obligan a juntarse con las maestras de Carrier e incluso los sacerdotes juramentados. Llegará a juzgarse que algunas de ellas son mujeres disfrazadas. La documentación contrarrevolucionaria sacó partido a los episodios más violentos de la guerra.

La literatura prorrevolucionaria es más discreta porque no insiste más que en algunas figuras relevantes, en la acción limitada y en la clemencia, en la equidad de los tribunales que liberan a los prisioneros después de Termidor. Sin embargo, las mujeres,

desde la perspectiva republicana serán (salvo excepciones) poco visibles. Respetando su dignidad y su sufrimiento, no tendrán protagonismo en las páginas de la historia de esta guerra.

3. La modificación de los roles masculinos y femeninos en periodos de guerra

Cualquier estudio que relacione el sexo femenino con su presencia en el quehacer humano del siglo XVIII, permite aludir a algún espacio en el que la mujer interactúa con sus semejantes. Nadie pone en duda que, durante este siglo, la actividad cultural y artística francesa se ubica en unas nuevas coordenadas. Los parámetros tradicionales de promoción de la vida intelectual, la corte y Versalles, son desplazados, respectivamente, al ámbito de lo urbano y a París como su paradigma. El libro de Antoine Lilti sobre el mundo de los salones⁷ (Lilti, 2005) deja claro que estos no eran solamente un lugar de discusión crítica que permitiese la difusión amplia de las ideas de la Ilustración, sino centros de sociabilidad mundana, entregados al placer culinario, la conversación, la fijación de tendencias e incluso la intriga política. Un complemento del Salón serán las Sociétés de Savantes. Ambas entidades constituyen una forma de sociabilidad urbana que pueden acercarse, por sus ritos y su status, a prácticas confraternales y masónicas (Chaline, 1998).

El medio rural del Antiguo Régimen francés también desplegó sus formas de sociabilidad. Para conocerlo, además de la extensa nómina de estudios sobre estructuras agrarias y grupos sociales, se requiere investigar sobre los lazos de solidaridad, las relaciones vecinales y las tensiones que manifestaron. La comprensión del comportamiento social, a nivel rural, depende del papel desempeñado por la comunidad de habitantes, a la vez, síndico y colector de impuestos. Pero también tienen mucho que aportar otros tres poderes: el señorío, la parroquia y la *organisation de jeunesse*. (Gutton, 1979)⁸.

⁷ Y fue en ellos donde se recompusieron identidades aristocráticas, se formaron reputaciones literarias y políticas, se redistribuyeron poderes y hasta sirvieron de trampolín, a algunos, para entrar con muy buen pie en la corte. Antoine Lilti *Le monde des salons: sociabilité et mondanité à Paris au XVIIIe siècle*.

⁸ J.P. Gutton *La sociabilité villageoise dans la France*. La actividad cultural desarrollada en el campo era menos prolífica que en las aglomeraciones urbanas y quedaba condicionada a la iniciativa de la nobleza local. Ésta, a su vez, mantenía contacto con la Corte basándose en lazos familiares o conyugales con la aristocracia instalada en la capital. Desde París se redistribuía a todos las regiones el flujo de información e ideas procedentes del extranjero.

En el volumen número nueve de la Historia de las mujeres en Occidente, la historiadora francesa François Thébaud incluye un brillantísimo estudio sobre la influencia de la primera guerra mundial en las relaciones de género. Varias de sus afirmaciones pueden aplicarse al periodo de la Revolución Francesa. No en vano allí se gestaron los fundamentos del feminismo. La autora defiende que tras un conflicto bélico suelen trastocarse las relaciones de sexo y analiza si la primera guerra mundial había marcado un hito en la emancipación de la mujer. Sin embargo, añade,

“[...] en el año 1977 James F. Mac Millan destacaba la fuerza del conservadurismo francés en materia de roles sexuales, y consideraba que la guerra no había hecho otra cosa que consolidar el modelo femenino de madre-ama de casa. Los historiadores de los años ochenta del siglo XX también niegan la tesis que sostiene el carácter emancipador de la guerra y muestran, tras una relectura crítica de las fuentes, el carácter provisional o meramente superficial de los cambios” (Thébaud, 1993:33).

Desde una perspectiva femenina se da por sentado que la mujer en los periodos bélicos no fue un ser en la sombra. La cuestión ya no consiste en saber si las guerras afectan directamente a los sexos, sino de qué manera redefinen, real y simbólicamente, las relaciones masculino-femeninas (Chaline, 1998).

La especificidad de un conflicto civil, como fue el caso de la Vendée, rompe los vínculos comunales. La movilidad provocada por el destierro, la leva de tropas, sus desplazamientos a los campos de batalla, amplía el conocimiento del medio físico. Cada pueblo, cada burgo, dejará de ser una estructura cerrada pasando a crearse una red de contactos sostenida por el ideal de defensa de los valores que han provocado la guerra. Apartada provisionalmente de la protección masculina, la mujer debe organizarse para continuar su ciclo vital. Pero, frente a la que decide quedarse en su lugar de residencia habitual, exponiéndose conscientemente al peligro, hay un nutrido grupo que huye. Casi todas las memorias sobre esta guerra están plagadas de anécdotas de mujeres que se ocultan en bosques, en explotaciones agrarias, mujeres que sobreviven en las copas de los árboles, en cuevas, en parajes inhóspitos y hasta incluso, las que, con el consentimiento de sus propietarias, se disfrazan de granjeras y trabajan como tal hasta el final del conflicto.

Un apartado de gran interés es la situación de los niños. Obligados a huir con sus madres, se exponen a diversos riesgos como la fatiga, las largas horas de marcha y la falta de una alimentación adecuada siendo el caso más grave el de los lactantes. Muchas madres reconocerán que los peligros inminentes de una vida de refugiados ha provocado alteraciones (hormonales y/o psicológicas, supondremos) que les impiden amamantar a su hijos. Una fórmula muy socorrida será la entrega provisional de cientos de niños a mujeres desconocidas. Éstas se comprometerán a proporcionarles,

gratuitamente, los cuidados necesarios. Una vez más el sexo femenino asume su papel biológico protector y provisor de alimento: es la nodriza universal que cuida de su prole.

Otro ámbito de participación femenina se ubica, sin duda, en la asistencia a los heridos en campaña. La mujer se siente moralmente impelida a cuidar del sexo masculino de cualquier tramo de edad. Si lo hace, complacida, con la infancia (es decir, la renovación generacional, el futuro del país) con igual empeño se dedica al adulto. El soldado, de extracción rural, que ha cumplido con sus deberes patrios, debe regresar al hogar sano y en condiciones de reinsertarse en sus obligaciones agrícolas. Dice F. Thébaud,

“En Francia, los contemporáneos han interpretado la guerra como el saludo complacido al advenimiento de una mujer purificada, que se revelaba a sí misma y a los demás, consciente, a partir de ese momento, de su naturaleza profunda y de sus deberes eternos, fuente de amor universal y de penetración entre las clases. En resumen: la encarnación del ideal femenino burgués del siglo XIX. En efecto, servir se convierte en la consigna de las francesas que se dedican a reconfortar a los soldados en las cantinas, a cuidar a los heridos...o a alimentar a los indigentes [...]” (Gutton, 1979).

La máxima expresión de injerencia de lo femenino en el entorno masculino durante el conflicto de la Vendée se revela en la presencia activa de la mujer en el ejército. Su intervención en la historia militar no era una novedad, pero siempre había figurado como una excepción. La literatura trataba a este tipo de mujeres como heroínas aisladas, alegorías del triunfo en una batalla o de la resistencia antes una ocupación. La mujer va a luchar por el tránsito de esa excepcionalidad a su aceptación cotidiana en las filas de una tropa. Desea ser un miembro más que se refugia en el anonimato del grupo. Para ser aceptadas van a recurrir al mismo instrumento que las excluye (su sexo biológico), pero invirtiendo las apariencias.

En su artículo *du paysan catholique au soldat paysan*, Christine Duranteau⁹ (2003) sostiene que la mujer soldado es poco representativa. Sin embargo, hay un nutrido grupo de combatientes bajo el calificativo usual de *amazones*. Por otro lado, se transgreden las reglas sociales: la mujer, que insistentemente quiere unirse al ejército, se disfrazará de hombre y engañará, en la mayoría de los casos, al sexo opuesto. Esta fórmula ya se probó en el pasado. Por desgracia este recurso ha dado pie a numerosos escritos que ven en este procedimiento la justificación para vivir conforme a opciones sexuales condenadas socialmente: travestismo y homosexualidad. Considero que se ha

⁹ Conviene anticipar que esta afirmación no se corresponde con la realidad. Entendida como miembro de un cuerpo profesional, su presencia no es relevante. Es un espacio reservado al sexo masculino. Sin embargo, desde el punto de vista de la práctica militar directa, la cifra aumenta. Véase Christine Duranteau en www.royet.org

intentado llevar demasiado lejos una inocente argucia cuyo fin último debió ser acceder a un ámbito ancestralmente masculino.

4. las *mémoires historiques* de la marquesa de La Rochejaquelein

Marie-Louise-Victoire de Donnissan nació el 25-10-1772 en el Louvre. La apadrinaron, Madame Victoire (una de las hijas de Luís XV) y el futuro Luís XVIII. Perteneció, por tanto, al más alto rango aristocrático. Influida por su madre y su abuela, duquesa de Civrac y dama de honor de Madame Victoire, dedicó gran parte de su infancia al estudio. Su predisposición al aprendizaje le proporcionó una gran formación intelectual que completó con el conocimiento del estilo de vida versallesco. Además viajó con su familia por Europa y tuvo el privilegio de asistir a la convocatoria de los estados generales en mayo de 1789. A la edad de diecinueve años se concertó su matrimonio con un primo carnal, Louis-Marie de Salgues, marqués de Lescure, hijo de su tío, también marqués con idéntico título. Se celebró la boda, el 27-10-1791, a pesar de conocer la ruina económica de su prometido. A partir de entonces, se refugiaron en su castillo de Clisson, en Boismé (Deux-Sèvres). Fue encarcelada junto a su familia en Bressuire, como sospechosa de insurrección, al estallar el conflicto vendeano en marzo de 1793. Sería liberada dos meses después, el dos de mayo, por Henri de La Rochejaquelein. Su marido y su padre se incorporaron al estado mayor vendeano, llevándola consigo a lo largo de las campañas militares. El 3-11-1793 el marqués de Lescure falleció a causa de las heridas recibidas en la batalla de Cholet. Su viuda sobrevivió al desastre de Savenay y se escondió hasta la amnistía de 1795.

Con la reanudación del conflicto (segunda fase de la guerra y siguientes) se ordenó la búsqueda y captura de nuestra protagonista en numerosas ocasiones, entre 1797 y 1799. Marchó al exilio para escapar de la muerte y, de regreso a Poitou, en 1800, se casó con Louis de La Rochejaquelein, hermano de Henri. Por su profesión de cadete este último se puso al frente de las tropas vendeanas durante el periodo de los Cien Días napoleónicos. La guerra le arrebató también a su segundo marido, quien falleció el 4-6-1815 en Champ de Mathes, cerca de Perrier (Vendée). La marquesa Dedicó el resto de su vida a viajar y a redactar sus Mémoires, que se convirtieron en un éxito literario. Falleció en Orleáns el 15-2-1857.

La marquesa de La Rochejaquelein vivió parte de su exilio en España. Allí había comenzado a escribir unas memorias que fueron interrumpidas durante un tiempo

y retomadas, más tarde, con el apoyo de su segundo marido. Fue por entonces cuando conoció al señor de Barante, subprefecto de Bressuire y funcionario del Consejo de Estado. La amistad que vinculó a ambos permitió que las memorias fueran sometidas a una revisión de estilo y expuestas ante un escogido grupo de amistades interesadas en conocer, con rigor, los acontecimientos de Vendée. La discreción con que esas memorias debían ser leídas no fue respetada y acabaron circulando por numerosas manos y países. Viajaron a Suiza donde fueron disfrutadas por Madame de Staël y su círculo de amigos; siguieron rodando hasta París, donde fueron a parar en manos del duque de Montmorency y el príncipe de Laval. La difusión del manuscrito creció al descubrirse que se habían hecho copias de las que Barante ni siquiera tenía noticia. Queda probado que Talleyrand encargó una, obteniéndola en menos de doce horas; otra copia la recibió el propio Napoleón por medio del príncipe de Benévent.

La marquesa expresó a Barante sus quejas por la dimensión que había alcanzado el asunto. No le importaba tanto el conocimiento de su obra como las posibles represalias que, contra ella y su familia, pudieran tomarse. La conflictividad de Vendée no había finalizado y la situación política era poco favorable a este tipo de documentos. Durante el mandato napoleónico, y por expresa orden policial, las memorias quedaron inéditas. A partir de 1814 la situación cambió. Aunque permanecía el temor a la publicación, ni la administración ni la reposición de la monarquía obstaculizaron su impresión. La obra ya había dado muestra de su popularidad mientras vagó por Europa sin consentimiento de su autora. Su venta legal fue igualmente un triunfo, prueba de ello son las cuatro ediciones que se lanzaron entre 1814 y 1817.

Diez años después de la muerte de la marquesa, sus nietos leyeron con estupor unas declaraciones que ponían en duda la autoría del texto. En sus memorias póstumas, el señor Barante afirmaba que, por instrucciones de la marquesa de la Rochejaquelein, había redactado sus memorias. La ofensa era grande, puesto que todo parecía apuntar a que aquélla se había limitado a dictar, ordenadamente, sus recuerdos.

Como la marquesa afirmaba incontestablemente, en su prólogo, que solicitó a Barante una revisión literaria de la obra, este hecho debió ser utilizado, por algunos medios de comunicación, para difundir que aquél había plagiado el manuscrito de su amiga hasta el extremo de apropiarse de su autoría. En vida, la marquesa nunca prestó oídos a estas difamaciones. Apreciaba la labor realizada por su amigo y confiaba en su honestidad. El texto fue remitido a la Sociedad de Anticuarios del Oeste y a la Academia de la Historia de París para que un equipo de bibliófilos lo examinase. El dictamen fue indiscutible, la marquesa era la autora de sus memorias. Su nieto, promotor de la publicación de 1889, incorporó todo lo que se había ocultado hasta la

fecha: restitución de los dos primeros capítulos, adición de casi todas las notas incluidas en las distintas copias del manuscrito original, reposición de textos omitidos y cambios hechos por la autora. La aportación del barón de Barante quedó reducida al único objetivo primigenio, conferir al relato un estilo académico. Dicha precisión y la revisión de toda la documentación dieron lugar a estas memorias que hacen de la edición de 1889 una de las más completas desde un punto de vista histórico y literario. Se entregaron para su impresión a la casa editorial parisina Bourloton. A partir de ahí, la obra fue reeditada y traducida a varios idiomas. La publicación más reciente ha corrido a cargo de la española Editorial Actas, en 1995, con introducción de Alfonso Bullón de Mendoza, profesor de la universidad San Pablo-CEU de Madrid.

Componen su cuerpo inicial un prefacio, una dedicatoria y un prólogo. Éste último no aparece fechado, pero es razonable pensar que lo escribiera en los últimos años de su vida ya que en su párrafo final cita “me he pasado la vida llorando. Estoy ciega y ya no tengo fuerzas para dictar el relato de mis últimos dolores” (La Rochejaquelein, 1889: 14). Murió con 84 años. La atenta lectura del prólogo permite conocer las vicisitudes que acabamos de detallar y clarifica las dudas expuestas en el prefacio.

La obra se divide en dos grandes cuerpos: por un lado, el relato de los prolegómenos de la Revolución francesa, que sirve de referencia para la segunda parte, la propia narración de los hechos en Vendée. Por ser una de las primeras obras escritas sobre el asunto, ha tenido la controvertida misión de formar parte de los referentes historiográficos iniciales del debate sobre los orígenes de dicho conflicto. Y, como suele ocurrir con toda guerra civil, el debate continúa. Ya vimos que la tesis republicana más antigua sobre el comienzo de la guerra defiende su carácter premeditado. Lo resume su máximo exponente, P. Chassin, en un título tan directo como “Preparación de la guerra de la Vendée”. El texto de la marquesa apuesta por un levantamiento espontáneo e inesperado, es decir, una sublevación en masa.

Los cuatro primeros capítulos describen la vida de la marquesa hasta su llegada a Vendée. En ellos narra el revuelo provocado en París por la convocatoria de los Estados Generales, a cuyas sesiones asistió; la turbación del ambiente en Versalles y las inquietudes de la familia real; la toma de la Bastilla y, posteriormente, la aceptación de la constitución por parte de Luís XVI.

La marquesa vivió en Bellevue hasta julio de 1790, de donde se trasladó después a Citran (Médoc). Celebrado su primer matrimonio, se marcha a Clisson. El desencadenamiento de la Revolución fuerza su exilio, aunque pasa por París en febrero de 1792. Allí visitaría a la princesa de Lamballe y a la reina. Deciden quedarse ese verano en la capital por si resultaban de utilidad a la familia real, aunque no eran conscientes del

riesgo que corrían. El matrimonio Lescure ocupaba un palacete, propiedad del señor Diesbach-Belleruche, en el faubourg Saint Honoré, donde la marquesa conocerá a los hermanos La Rochejaquelein, ambos primos de su marido. También le será presentado Charles Beaumont, conde de Autichamps, destacado militar realista en Vendée. Tras la toma del palacio de las Tullerías, y del enfrentamiento de la guardia suiza con el pueblo, la marquesa parte con sus padres hacia Poitou. Reunidos con sus tíos, que habitaban en Courcy, se refugian todos en Tours. Ante la presencia de disturbios en la localidad de Bressuire, abandonan Tours y se instalan en sus proximidades.

A partir de aquí la marquesa comienza su relato sobre la Vendée. Hará una interesante reflexión sobre el paisaje y las tradiciones locales. En la región hay una clara división geopolítica: la “llanura” (la mitad de la provincia de Poitou y un cuarto de la de Anjou y Nantes) es proclive al republicanismo, el “bocage” es realista y aristocrático. El bocage, geográficamente, condiciona el estilo bélico favoreciendo la modalidad de “guerra de guerrillas”. El pueblo es “afable, terco, hospitalario, alegre, valiente y muy devoto [...] son gentes de costumbres puras y sencillas” (La Rochejaquelein, 1889: 88)¹⁰. A finales de 1792, viviendo aún en Clisson, la marquesa da a luz a una hija.

El desenvolvimiento militar del conflicto, que en ocasiones cuenta con enfrentamientos simultáneos en distintos puntos geográficos, tiende a despistar al investigador. En las narraciones suelen aparecer pequeños saltos temporales que no facilitan un seguimiento secuencial de la guerra. Por suerte, en estas memorias cada capítulo está delimitado cronológicamente y ello facilita la extracción de los datos más relevantes de cada episodio. Desde el comienzo expone, cómo la mujer va a estar presente en situaciones inesperadas.

Dice la autora que “la revuelta estalla en varios sitios” (Ibid., p. 99)¹¹. Sus primeras referencias de la sublevación proceden de un amigo, a cuyas palabras no da crédito. En un obsesivo alarde de veracidad, advierte que no estuvo presente en los comienzos de tal revuelta y que no debe esperar el lector encontrar lujo de detalles en esta parte de sus memorias. Añade “digo todo lo que sé, sin pasión, sin disfraz, por el sólo deseo de recordar todo lo que he visto y todo lo que me ha ocurrido”. Poco después, empezarían los arrestos a la nobleza. Ésta, o bien emigró, o acabó en prisión.

¹⁰ Existe un marcado interés por reflejar la relación entre el determinismo geográfico, el fervor religioso y monárquico, y la forma de hacer la guerra. La Rochejaquelein, marquesa de *Mémoires* capítulo 5.

¹¹ La Rochejaquelein, marquesa de *Mémoires*, capítulo 6.

El decreto de leva de trescientos mil soldados de 1793 dio lugar a situaciones como las siguientes. En la parroquia de Beaulieu se hace el sorteo correspondiente y a él acuden sólo mujeres. Las autoridades rechazan su presencia y convocan un nuevo sorteo al día siguiente; por segunda vez concurre la población femenina y seguidamente se ordena quemar el pueblo. Algo parecido sucederá en la parroquia de Saint-Sauveur: a pesar de lo ocurrido en Beaulieu, aquí también concurren al sorteo las mujeres, en este caso con el alcalde, que será encarcelado por insumisión. El pueblo se salvaría de las llamas gracias a las primeras tropas vendeanas.

Como se indicó, la marquesa fue arrestada; se valoró su traslado a Niort, (como el de tres muchos prisioneros), pero la confusión que reinaba en la ciudad de Bressuire, donde permanecía retenida, contribuyó a su liberación.

El capítulo séptimo da la relación de los principales jefes militares vendeanos. El ejército se reunía de forma esporádica y estaba mal avituallado. En este primer acercamiento a la vida castrense vendeana, la marquesa hace una observación que, desde el punto de vista militar, no parece correcta y de la que luego se desdecirá. Afirma que

“[...] puede uno sorprenderse al ver un ejército con tantos jefes y posiblemente muchos creerán que ese hecho debía ocasionar disensiones, pero nunca se dio tal caso. Todos rivalizaban en entusiasmo y además no había tiempo para discutir, sólo se pensaba en luchar y reinaba la unión perfecta entre todos” (La Rochejaquelein, 1889: 117).

Contraviniendo esta opinión, muchos expertos opinan que la multiplicidad de mandos en un ejército, y su falta de conexión, es un factor de desestabilización.

En mayo de 1793, la ocupación de Thouars dio celebridad al marqués de Lescure. Acabado el combate, el ejército se traslada a Parthenay y de allí se marcha sobre Fontenay-le-Peuple. La conquista de esta plaza cambió el nombre de la localidad por el de Fontenay-le-Comte. Aquí las tropas vendeanas incautaron dos cajas que contenían un millón trescientos mil francos en asignados. La ocupación de Fontenay-le-Comte dejó a disposición del ejército realista (vendeano) un montante de cuatro mil prisioneros. Tras una consulta realizada por el marqués de Lescure a los generales con los que estableció la estrategia de ataque y toma de Fontenay, designó al marqués de La Rochejaquelein para llevar a cabo una misión: escoger a un pequeño grupo de prisioneros, rasurar sus cabezas y ofrecerles la libertad previo juramento de regresar a sus casas. También entrará en escena un curioso personaje: Gabriel Guyot de Folleville, más conocido como el obispo de Agra, quien, una vez recuperada Fontenay, sería designado para reorganizarla administrativamente por medio de la creación de un consejo superior. Con la ayuda de dos procuradores reales el obispo de Agra procedió a

establecer consejos particulares en cada provincia y un comandante en cada parroquia, de forma que pudiera ser estimado, en cada momento, cuántos soldados había disponibles para luchar. Tras Fontenay, los generales vendeanos decidieron iniciar la toma de Saumur. Hasta este momento, el ejército vendeano carecía de un generalísimo, pero finalmente dicho cargo recayó en Cathelineau.

La ocupación de Saumur era la clave del dominio de la Vendée ya que permitiría a los ejércitos realistas dominar ambas riberas del río Loira. A pesar de otras victorias en Angers y Machecoul, el mes de junio de 1793 finalizó con la pérdida de Nantes (ciudad donde se habían acumulado gran parte de las tropas vendeanas) y Châtillon. La autora dice:

“[...] siempre que tenían lugar las batallas, cuando se estaba a una distancia suficiente para oír las, era un espectáculo emocionante ver a las mujeres, los niños y los hombres, que se habían quedado, caer de rodillas y rezar a Dios, en el silencio más profundo, durante todo el tiempo que duraba el combate” (La Rochejaquelein, 1889: 199)¹².

La muerte de Cathelineau planteó la necesidad de escoger un nuevo general en jefe, cargo que ansiaba el señor d'Elbée. Los posibles candidatos (Charette, Bonchamps, Royrand) propusieron la designación del sucesor de Cathelineau por medio de un sistema en el que cada votante debería escribir en una papeleta cuatro nombres. Ganaría quien obtuviera mayor número de votos. Para favorecer su elección, d'Elbée logró reunir a un grupo de individuos que no deberían haber estado en aquella elección. Según la autora de las memorias “esto ocurrió por la habitual desorganización de nuestras reuniones” (Ibíd., p. 207)¹³ afirmación que parece contradecir la coordinación en la planificación militar que ella misma destaca en el capítulo séptimo. D'Elbée era valeroso pero no tenía tantos méritos como el candidato más previsible, Bonchamps.

La engañosa ayuda británica, prometida a las tropas vendeanas, tuvo un curioso representante, el señor de Tinténac, emigrado y reenviado por el gobierno inglés a Francia. Inglaterra aún no había dado muestras reales de apoyo a la Vendée. Tinténac traía despachos en los que el gobierno de Jorge III solicitaba información para llevar a cabo un desembarco. Igualmente reveló que Inglaterra estaba dispuesta a llevar sus naves a las costas de Bretaña y que la isla de Jersey era un inmenso arsenal militar. La propia marquesa será encargada de escribir una copia de la respuesta del ejército vendeano a la propuesta inglesa. Se midió cada frase de aquél documento. En definitiva, se trataba de

¹² La Rochejaquelein, marquesa de *Mémoires*, capítulo 11.

¹³ Ibíd., capítulo 12.

hacer creer a los ingleses que los vendeanos disponían de fuerzas militares suficientes y que podrían acondicionar en pocos días un puerto seguro para efectuar el desembarco.

A mediados de agosto de 1793 la Vendée se reparte, militarmente, entre cuatro mandos: Charette (Nantes), Bonchamps (Angers), La Rochejaquelein (Anjou) y Lescure (Poitou). El padre de la autora fue nombrado gobernador, representando a la monarquía, con sede en Mortagne.

El capítulo catorce describe el encuentro de la marquesa con un personaje femenino. A mediados de septiembre de 1793, y poco antes del segundo combate de Thouars, un soldado visitó a la marquesa. Le confesó que era una mujer. Se llamaba Jeanne Robin de la parroquia de Courlay. Jeanne temía ser descubierta, pero fue tranquilizada. Se dirigió al señor de Lescure y le contó la verdad. Aceptada sin más miramientos, sería un soldado ejemplar. Según estas memorias se perdió el rastro de dicha mujer. Al encontrar, tras un combate, un cuerpo femenino entre los muertos, se pensó que era ella.

La revelación de la existencia de Jeanne da pie a la autora a citar ejemplos similares: una joven era tambor del ejército de d'Elbée. Una pariente suya la acompañaba en el combate de Luçon; otra joven, que iba también disfrazada, fue detenida en Mallièvre. Una acompañante reveló a la marquesa que había cuatro mujeres más camufladas entre las tropas. La confesión procedía de René Bordereau, destacadísima militar, y autora también de otras interesantes memorias sobre el conflicto; en el ejército de Charette combatían la señora de Bruc, así como una dama de Fief, esposa de un emigrado, etc. En numerosas ocasiones las mujeres conseguían reagrupar a los soldados desanimados dándoles patrióticas arengas. Aunque en estas memorias se desmiente que las mujeres luchasen como verdaderas Amazonas, no se oculta que, cada vez que había una incursión republicana en zona realista, las mujeres y los niños colaboraban arrojando piedras y otros objetos contundentes.

En la segunda mitad del mes de octubre de 1793 se produce la derrota de Cholet. En ella, el señor de Lescure resultó gravemente herido, pero ocultó a su esposa su delicado estado de salud. A pesar de significar un retroceso para las conquistas que habían realizado los vendeanos, y de la flaqueza moral de las tropas realistas, el general Lescure llegó al convencimiento de la necesidad de cruzar Loira. La travesía de este río fue un asunto muy controvertido. La mayoría de los soldados y la población civil que los acompañaban pasaron a la otra orilla, atemorizados y presionados por el pánico. Se cree que si los vendeanos hubieran plantado cara a los republicanos, habrían vencido y con ello puesto fin a la guerra, evitando así, las dificultades de una travesía cuyas consecuencias se manifestaron en la gran cantidad de mujeres heridas y fallecidas. A

estas alturas de la narración la autora hace un alto. Deja de escribir para atender a un compromiso personal, que la obligaba a viajar, y aprovecha para confirmar que comenzó a redactar sus memorias entre 1799 y 1800. Le dolía recordar pero se sentía impelida a tomar la pluma y el papel. Esta primera parte del manuscrito sería enviada a España, en Francia tan solo dejó un borrador.

A finales de octubre de 1793 los vendeanos vencen el Laval. Habían luchado sobre un terreno llano al que no estaban acostumbrados. Este éxito pronto quedó ensombrecido. El desarrollo de la campaña de Laval reveló que se producían situaciones extrañas por falta de disciplina. Valga como ejemplo citar que, cuando tuvieron la posibilidad de atacar Angers, no llegó a prosperar esta iniciativa por falta de consenso. Comenzaron a surgir ambiciones y maniobras secretas en el seno del ejército realista. La oficialidad estaba ahora en manos de jóvenes. La situación se enrareció al recibirse una carta, sellada por oficiales de Rennes, que afirmaban poder reunir un ejército de cincuenta mil hombres. Los generales más veteranos llegaron a sospechar que se trataba de una artimaña para introducir espías entre los vendeanos. El consejo del ejército decidió visitar Rennes, pasando por Vitré. Una vez más, estos planes se alteraron. El cuatro de noviembre falleció el señor de Lescure. Durante seis meses, su viuda, cayó en una profunda depresión y fue víctima de fiebres intermitentes.

Para prevenir mayores desórdenes se decide regular el cuadro de mandos. Junto a este problema se comprobó otra preocupante situación: las bajas masculinas estaban descompensando el equilibrio poblacional. Se acumulaban las mujeres que habían perdido a sus esposos e hijos pero que seguían, por motivos de seguridad, el avances de las tropas. En la plaza de Fougères tuvo lugar un curioso suceso. Una viuda tan notable como la señora de Bonchamps comprendió que la causa de su aflicción era haberse quedado sola. En medio de una reunión del estado mayor, irrumpió para tratar el asunto de todas las mujeres que carecían de familiares oficiales vivos. Se aprobó, espontáneamente, que cualquier viuda pudiera pedir la mano de los oficiales solteros. Una de las primeras agraciadas fue la propia cuñada de la señora de Bonchamps. Recibió una oferta y se casó en un par de días.

A medida que avanzaba la guerra la situación se recrudeció para los refugiados. El desarrollo de la batalla de Dol fue seguido por la autora en compañía del señor Duchesne de Denant, ayudante del príncipe de Talmont. Las gentes aterrorizadas, hombres y mujeres, toman el camino de un pueblo llamado Dinan, marchando a la cabeza la madre de la protagonista. Conquistada la plaza, le gente regresó a Dol. Duró poco la calma. Los ejércitos republicanos contraatacaron, los realistas fueron

perseguidos en dos direcciones: Antrain y Pontorson. La gente, sin saber qué dirección debía tomar, agonizaba de miedo y hambre.

Desde entonces tendrá lugar para la marquesa un periplo lamentable que iba agotando, lentamente, su vitalidad. Desechó la posibilidad de huir a Inglaterra y en su retirada se vio obligada a sobrevivir comiendo cebollas. Erró de unas ciudades a otras, viendo la huella de la devastación republicana. Alcanzada Angers se dirige a Baugé. De ahí quiere ir a Saumur y Tours pero para ello es necesario cruzar, una vez más, el Loira. Es la única forma de adentrarse en la región de Bretaña y buscar ayuda.

Durante este periodo muchas granjas quedaron en manos de mujeres. Entre ellas se establecieron lazos de solidaridad y de apoyo a las que huían. Es una de las manifestaciones más claras de sociabilidad forzada por un ambiente hostil. Sirvan como ejemplo los peligros que hubieron de ser esquivados y qué soluciones se aportaron. Al finalizar diciembre de 1793, la marquesa y parte de su servicio doméstico llegan a una finca cerca de Savenay. La hija de la dueña les ofrece un refugio provisional en el castillo de Escourays (en la parroquia de Prinquiau) porque los propietarios se habían marchado a Blois. Fue una estancia breve: la ocupación republicana las obliga a esconderse en una alquería en Grée. Allí pasaría todo el invierno, junto a su madre, cuidando ovejas en una granja y alimentándose de los productos de la tierra. Su criada Mamet se resguardó en una casa en Laurent Cochard. Otra, la señorita Carria, huyó a Crossac y luego a Grave.

En marzo de 1794 se instalan en la parroquia de Pont-Château, en el pueblo de Mélinais, en casa de Julián Riallot. Denunciado todo el pueblo por unos bandidos, hay que abandonarlo. La marquesa y su grupo fueron alertadas por una joven llamada Rosette y se acomodaron en el alfoz del castillo de Besné. Nuevamente huidas, regresan a Mélinais. Como se encontraba en un avanzado estado de gestación, la marquesa recibe de su madre el consejo de concertar urgentemente un matrimonio. No fue posible, pues el parto ocurre apenas un mes más tarde. Nuevos registros domiciliarios las condujeron a Bonnelière, en la parroquia de Prinquiau. La marquesa había tenido dos gemelas. Una de ellas falleció; la otra quedó bajo la protección de una familia de la zona. Con posterioridad partieron hacia Laval. Salió a su encuentro la señorita Félicité de Ressources (guiada por Madame Campbon), para prevenirlas de que los republicanos se alojaban en su casa y aconsejarlas que se dirigiesen a una aldea llamada Guenrouët. Una vez más, en el camino de Blain a Redon, se alojaron en el castillo de Broussay, ubicado en la finca de Dréneuc (parroquia de Fégréac) y ocupado por la señora Dumonstier. En esta casa se guarecieron varias personas y su dueña trató de buscar un oficio digno a varias señoritas.

A pesar de todas las ocasiones en que pudieron ser delatadas o descubiertas, pasaron desapercibidas durante casi todo el año 1794. Había en la zona otras muchas mujeres en idéntica situación. A fines de año comenzó a hablarse de amnistía. Los republicanos redujeron los registros domiciliarios en el territorio vendeano. Ante la incertidumbre de la noticia, la marquesa y su madre decidieron separarse por unos días. En breve, el ambiente se irá calmando.

Se culminan estas memorias con los decretos de amnistía y la pacificación al año siguiente. Con la apertura de las cárceles y el cese de las persecuciones, numerosos escondidos se entregan pero sin someterse. El último capítulo contiene una abundante relación del destino de muchas mujeres que conocieron a la marquesa en su permanente huida hasta 1795, toda una expresión de valentía y capacidad de superación, a la vez que constatación de los múltiples roles desempeñados durante la guerra. Así se constata que La señora de Bonchamps,

“[...] huye en un barco acompañada de soldados, doncellas e hijos. Los republicanos interceptan la nave, hundiéndola...regresa a nado a Ancenis, se esconde en árboles y capturada y lleva a prisión en Bouffay, es salvada por el señor Hadaudine. Tras el indulto recupera a una de sus hijas”. La señora Bonnay “mujer de emigrado y amiga de madame d'Elbée fue también encarcelada en Bouffay pero se salvó sin ser procesada” (La Rochejaquelein, 1889: 415).

Agathe, dama de servicio de la familia La Rochejaquelein “llega a Nantes. Es conducida a un almacén donde se apilan cadáveres; tras doce días de encierro hace llamar al general Lambertye, quien la cortejaba. Aquél intentó forzarla y ella lo rechaza. Por su valor salvó su vida” (Ibíd., p. 417). La vizcondesa de Lespinay “alojada en casa de un tal Lavaux, van en su búsqueda” (Ibíd., p. 421). La señora Lavaux “para ocultar su personalidad ante los soldados, la trata como si fuese su propia hermana. Finalmente encontrada, salva su vida porque una de sus doncellas se denuncia a sí misma. Más tarde ésta última también sería liberada” (Ibíd., p. 422). Félicité de Jourdain “hija de padre emigrado, sigue al ejército con su madre y cuatro hermanas. La más pequeña fallece. En una travesía fluvial alguien intenta salvarla. Al ver que agredían a su madre y la sacaban del barco que iba a liberarlas, se arrojó al agua” (Ibíd., p. 423). La señorita de Cuissard “pasó parte de la guerra al cuidado de una anciana; un militar trató de salvarla por su juventud y belleza. Al comprender que la salvación no incluía a la anciana, renunció” (Ibíd., p. 423). La madre de Charles d'Autichamps “se salva ocultándose, por mas de un año, cuidando vacas en un pueblo. Después de la amnistía revela el origen de su familia” (Ibíd., p. 424). Una dama de la Roche-Saint-André y su hermana, la señorita Lavoyrie “se liberaron pero a costa de trabajos forzados durante un año” (Ibíd., p. 424). El matrimonio

Moricet “salvó su vida por alojarse en la casa de una anciana que no los denunció”. Los matrimonios Beauvossier, Jagault, Marsonnière y Mondion fueron amnistiados. La señorita Concize y la señorita Meslier “fueron sacadas de un almacén. La primera sería ahogada. La segunda trabajó como costurera hasta la amnistía” (Ibíd., p. 425).

También hay noticias de los más allegados de la marquesa. “La señorita de Paymont, doncella de la familia, fue reclamada por su familia. La señorita Gerard, otra doncella, después de muchos años de servicio huyó tras haber robado a su ama” (Ibíd., p. 425). Los bienes personales de la marquesa habían sido confiados a su criado Lefèvre antes de la guerra. A pesar de ser capturado no confesó. Su mujer e hijos continuaron guardando los bienes. La autora lamentó no sólo el fallecimiento de su fiel ayudante sino también la masacre de parte de sus hijos

Además de estos breves relatos, los militares fusilaron a muchas mujeres después de acabar la lactancia y en ocasiones a sus pequeños hijos. La guerra dejó unas secuelas inmediatas para la marquesa de La Rochejaquelein: a pesar de encontrar a su madre, tres meses después de la amnistía llegaría a conocer la triste noticia de la muerte de su padre.

BIBLIOGRAFÍA

- Chaline, J. P. (1998): *Sociabilité et érudition, les Sociétés de Savantes en France*. Paris: CHTS.
- Croyet, J. (2005): “Femmes en révolution dans l’Ain” [en línea] Disponible en: http://www.royet.org/nea1789-1794/notes/articles/article_femmes_ain.htm [28/01/2011].
- Duranteau, C. (2003): “Du paysan catholique au soldat paysan- La Vendée en armes” [en línea] Disponible en http://www.royet.org/nea1789-1794/notes/articles/article_vendee_armes.htm [29/01/2011].
- Fouré, H. (1940): “La femme française pendant la guerre”. En *The French Review*, vol. 13, nº 6, mayo, pp. 488-491.
- Gutton, J. P. (1979): *La sociabilité villageoise dans la France*. Paris: Hachette Littérature.
- Hufton, O. H. (1971): “Las mujeres en la revolución, 1789-1796” (traducción de María Teresa Escobar Budge). En *Past and presents*, nº. 53, pp. 90-108.
- Keegan, J. (1976): *The face of battle*. London: Jonathan Cape.
- La Rochejaquelein, M. L. V. (marquise de) (1889): *Mémoires de madame la marquise de La Rochejaquelein*. Paris: Bourloton.
- Lilti, A. (2005): *Le monde des salons: sociabilité et mondanité à Paris au XVIIIe siècle*. Paris: Fayard.
- Marand-Fouquet, C. (1997): “Des guerres innommables”. En *Clio, Histoire, Femmes et Sociétés. Guerres Civiles*, nº 5, pp. 1-7 [en línea] Disponible en: <http://clio.revues.org/index702.html> [05/01/2011].
- Monnier, R. (2004): “1789-1799: Combat de femmes. La révolution exclut les citoyennes”. En *Annales Historiques de la Révolution Française*, nº 338, octubre-diciembre, pp. 1-4 [en línea] Disponible en: <http://ahrf.revues.org/1863> [18/01/2011].
- Petitfrère, C. (2002): “La participation des femmes à la révolte vendéenne”, Académie Nantes - Espace pédagogique [en línea] Disponible en: http://www.pedagogie.ac-nantes.fr/38523171/0/fiche___pagelibre/&RH=1160766653546 [30/01/2011]
- Thébaud, F. (1993): “La primera guerra mundial. ¿La era de la mujer o el triunfo de la diferencia sexual?”. En G. Duby y M. Perrot (dir.): *Historia de las mujeres en occidente*. Madrid: Taurus.